

El arte de las pequeñas muertes

Poesía

Yésica



El arte de las pequeñas muertes

Yésica

Ediciones Frenéticxs Danzantes
Colección Los manjares de Afrodítx
@edicionesfreneticxs

Hecho a mano en taller propio
Primera edición
Julio de 2023

Esto que estás por leer fue seleccionado a partir de convocatoria abierta y descubierto como un manjar. Así que si lo tenés en tus manos, entregate y disfrutá del banquete.

Este libro cuenta con licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada
CC BY-NC-ND



El arte de las pequeñas muertes

Poesía

Yésica



Ofrenda

Un hilo de luz delator,
Su ropa desmayada en el pasillo
Como un criminal
Que quiere ser descubierto.

Mi ojo pegado a la madera
Imprimiendo la escena,
La fantasía compartida
De verlo ciegamente tomado
Por el goce solitario.
Sus exhalaciones rítmicas
Rebotando por la habitación,
Las mías saliéndose solas.

Su mirada hacia la puerta
Regalándome su intimidad
Cubierto de un brillo débil
Casi invitándome a participar.

El bigote dorado resplandecía
Enmarcando la carne de los labios
Las venas más que dispuestas
El ritmo y la firmeza subían.

Llegado el momento
Lo desparramó en la sábana.
Ahí recién hice mi entrada
Dándole de probar de mis dedos
La ofrenda compartida

Playa infernal

La Luna bañando su reflejo
Mi cabeza en el capó frío
Sus rodillas en el pasto
Y la cara entre los labios.
Las piedras mojadas
Por el vaivén de las olas
Compitiendo con mi humedad.
Sus respiraciones acorraladas
Contenidas por la carne
La espuma de las ondinas
Blanca como los fluidos.
Gritos, por momentos sutiles
Y por otros desgarradores
La lengua granate del Cabernet
Haciendo círculos en los recovecos
El aire tibio sosteniéndonos
Despojados de cualquier tela.
No llegamos a la penetración
Y con mi último gemido
Bañó los pastos con su bendición
Espesa, abundante y templada
Le di de tomar de la mía
Retorciendo el cuerpo,
Unida a ese estrellado cielo.
La naturaleza generosa
Nos enseña nuestro estado más puro
Como llegamos a la vida:
A los gritos y desnudos

Cáliz

Brindar con vino
Brindar con whisky
Brindar con lágrimas
Brindar con saliva
Brindar con semen
Brindar con sangre
Brindar con fluidos

Usar el cuerpo de cáliz.

Kundalini

Cordel húmedo y transparente
Uniendo mi boca a la tuya
Tactos intermitentes combinando
Agresividad, pasividad y escucha.

Un cantero en mi corazón
Regado con tus lágrimas astilladas
Pezones que despiertan
con mi nombre en tu garganta.

Montar los lugares que no toca el Sol
Llenarte de mi sabia venenosa
Morder como caníbal tu deseo

Eyacular en un libro de poesía
Palabras decapitadas de lujuria
Y darte de tomar de mis miedos.

Meter los dedos y electrocutarme
Con tu kundalini agitada
Rezarle a un Dios de cabeza blanca
Implorando que me condene
a un orgasmo eterno con vos adentro.

Crisol pluvial

Lluvia transparente

Lluvia blanca

Lluvia dorada

Que en la fertilidad de la carne
queda asentada

Lluvia escasa

Lluvia impetuosa

Lluvia con chaparrón

Que en el rostro deja fijado tu sabor

Lluvia impaciente

Lluvia espesa

Lluvia incorrecta

Que no parieron las nubes negras

Lluvia lubricante

Lluvia vivificante,

Lluvia con esplendor

Que libidiniza hasta al más conservador

Big Bang

Te conozco la respiración inquieta,
la mirada translúcida encendida.

Recorriendo los pasillos de tu cuerpo
me vuelvo un poco más presente.
Llego a ese estado cúlmine
donde nos sacamos los egos
por una milésima de segundo.

Nos derretimos con el calor de las
estrellas
que nos conocen antes de nacer.
Somos el fuego de ese Big Bang
concentrado en un punto de placer
extremo.

Nuestras heridas forman
constelaciones

Vivimos muchas vidas,
morimos muchas veces en esas
paredes.

Reencarnamos en este presente,
en estas sábanas de seda,
nos abrazamos a este ahora,
lo único que tenemos y nos llena los
ojos.

Partimos de a ratos hacia otros
horizontes

Que no tienen que ver con el tiempo
lineal,
sino con espirales que nos empujan
hacia el centro.

¿Los cuerpos son jaulas para el espíritu?

Ambrosía

El calor casi febril se había adueñado de la atmósfera, estuvimos casi toda la madrugada deseándonos. Descubrimos todos nuestros puntos de placer al compás del blues de los años veinte. La sal del sudor se combinaba con lágrimas de placer engendrando un nuevo fluido alquímico.

Dentro mío, el resonar de tus gemidos acoplados a los latidos vehementes que nuestros pechos no podían contener. Frutos de momentos, donde juraría, abandoné mi cuerpo en el placer del mar divino. Aquel lugar donde se une la carne y el espíritu a la totalidad.

Se abrían como canales las venas para recibir lo que algunos creyentes llaman pecado, que no conoce leyes, ni dogmas, ni moderación alguna. Froté mi lámpara en tus deseos desapareciendo en una nube gris, tus expectativas se mantuvieron alerta y te abriste a mí.

Autocastigo

Habíamos creado espejos de luz como escudos para conservar al máximo la tensión, que se podía cortar con una navaja. Era insostenible perpetuar esa tortura, que lo que tenía de excitante lo tenía de exigente.

Puso el vino en mi boca mentirosa, casi desafiando mi conducta envidiable. Su mirada hipnotizada como quien escucha la música de un violín maldito. El auto quedaba grande, los vidrios empapados de lluvia. Los dos muy auto-disciplinados, e igual de obsesivos a no alterar ese cúmulo de energía que veníamos encapsulando en nuestros chakras inferiores, solo por perpetrar el juego.

Las gotas con el viento eran como latigazos, la oscuridad era total. Un escenario que parecía cuidadosamente seleccionado pero era obra de lo que muchos mal llaman azar.

El alcohol desinhibidor del muro ficticio arrimó su respiración. Aliento de uva fermentada y tabaco acompañado del aroma a bergamota de Calabria, (jugosa y energética como su boca), envuelto en acentos ahumados de vainilla que irradiaba su perfume. Lo sentí en la entrepierna, había pasado el umbral. Me abrió los labios con el borde de la botella y comenzó a largar el aire adentro mío. No los dejamos que se toquen por más mortificante que parezca, fue una de los martirios más placenteros que nunca imaginé. Nadie se iba a atrever a romper ese momento de autocontrol exacerbado, maldito el que robara semejante placer. Las respiraciones ya intercambiadas nos mojaron a ambos, cada vez más

rápidas intercambiadas con gemidos. Tuvimos nuestro primer orgasmo sin contacto. Una adicción más para el montón, podríamos haber copulado como animales y hacer uso de todas nuestras cavidades pero se habría roto ese pacto tácito de auto-castigo que tanto placer engendraba.

Exploraciones

Morder la piel con mis versos

Desanidar cada milímetro de tus
suspiros

Ver qué esconden todos tus
orgasmos

Descubrir tu zona más vulnerable

Qué parte del cuerpo guarda más
dolor

Qué responde primero al roce de
una gota

Dónde hay más energía acumulada

Enfriar las partes febriles, entibiar
las frías

Traerte al presente con la punta de la
lengua

Acoger cada exhalación sentada en
tu cara

Con la ropa interior puesta, corrida
y mojada.

Ser penetrada hasta que se te olvide
mi nombre

Y sólo en tu memoria quede la
huella de mis gritos desbordados.

Peccata emundare

Me hizo recibir castigo
por todos mis pecados,
comerme las palabras
y cualquier grito de placer.
Arrodillarme a pedirle perdón
hasta hacer arcadas.
Suplicar su palma pesada
en los glúteos, vulva y pecho.
Pagar por todo el mal hecho
Recibiendo su saliva dulce.
Él a diferencia de Dios,
Me apretó y ahorcó
con las manos calientes
frotó su bastón de Jade
Y la puerta de mi templo se abrió.
El intercambio fue justo,
Ambxs disfrutamos el sacrificio
Y tomamos del sagrado jugo.
Todos los elementos del ritual
Dejaron marcas evanescentes
En nuestros cueros pecadores.
Me convocó a más encuentros
Para ser absuelta por completo.
Me cedió el poder y el control
Y nos satisfacimos con su sumisión.

Se terminó de imprimir en algún
momento de la historia en el Taller
de Ediciones Frenéticxs Danzantes